

Y mientras reconstruyo todo el pasado, y pienso
en los instantes frívolos de mi divagación,
se me va despertando como un afán inmenso
de sollozar a solas y de pedir perdón.

Estancias

Qué será de mis ojos, ávidos de visiones
de pasmo y de misterio y no saciados nunca?
¿qué de la fiebre viva de sus contemplaciones,
de sus anhelos idos y su esperanza trunca?

¿Qué será de mis manos hechas a suavidades
de sedeña tersura, a férvidos cariños,
a posar en el mundo todas sus caridades
en enfermos y amadas, en débiles y niños?

¿Qué será de mi boca donde se anida el ruego
sagrado de las preces, la palabra escondida,
la sonrisa inefable, el ósculo de fuego,
el resonante salmo del amor y la vida?

¿Y qué de mis oídos, a liras melodiosas
de musical arrullo cuidadosos y atentos,
a percibir el ritmo eterno de las cosas
frente a todos los rumbos y hacia todos los vientos?

¡Ah de mi sér gastado en presentir lo ignoto,
en sacudir las alas que desplegar no pudo,
en lamentarse a solas con su espejismo roto,
con su ideal en ascuas y el ánimo desnudo!

Tal vez en el instante fatal de la partida,
cuando ateridas clave las manos en el pecho,
«¿qué has hecho?»—me pregunten las voces de la vida—
y les responda el eco del corazón: «¿qué has hecho?»

La plegaria de la noche en la selva

A LEOPOLDO DE LA ROSA

Ya tu pavor divino conturbó mis entrañas;
la transfixión urente de tu amoroso dardo
hizo saltar mi sangre; ahora sólo aguardo
el bautismo de gracia de tus viejas montañas.

De tus augustas bóvedas sentí bajo las naves
extinguirse las luces y callar el salterio,
y en el ara solemne del nocturno misterio
elevar su plegaria de silencio las aves.

Heme aquí. ¡Cómo llego con temblor de esperanza,
arrobos de creencia e incendios de amor vivo!
¡cómo se encoge el alma al paso fugitivo
de la hoja que vuela y el minuto que avanza!

Heme aquí y heme solo, asombrado y despierto
cual si tú me arrancarás del soñar de la vida
y tu voz de milagro sobre mi alma dormida
renovará el prodigio de otro Lázaro muerto.

Ya no son a mis ojos sólo flámulas esas
tremulentas vislumbres de lejanos luceros,
sino faros que muestran tus ocultos senderos,
hoy caminos sembrados de piadosas promesas.

Que me punce el espino, que el guijarro me ofenda,
ni la ofensa me abate ni me duele la herida;
ya sé hallar en la zarza la virtud florecida
y me da sus blanduras fraternales la senda.

Este cuerpo que un día la mortal pesadumbre
retuviera enclavado, ya se siente con alas,

y traspuso en sus sueños luminosas escalas
y le hierve en la sangre la obsesión de la cumbre.

¡Ir, las alas abiertas, y cruzar horizontes,
y clavar las pupilas en el ámbito inmenso,
y ascender con las brumas, humaredas de incienso
derretido en la hoguera colosal de los montes!

¡Ser la interna plegaria, ser el himno que sube,
la oración que resurge de la fuente que mana,
confundirse en las preces de la estrella lejana
y en el vuelo impalpable del jirón de la nube!...

Ya lo sé, ya lo he visto con mis ojos inquietos
¡oh, misterio infinito de la sombra nocturna!
a mi espíritu absorto has mostrado la urna
en que avaro resguardas tus más hondos secretos.

¡Oh, pavor saludable!... Ya mi espíritu nombra
con sentido las cosas de la selva escondida...
Se ha cerrado mi carne un instante a la vida
y se ha abierto mi alma como flor en la sombra.

Iba por el camino....

Iba por el camino...

Iba por el camino donde todo es ignoto
para el profano, senda que yo sé palmo a palmo....
Cada racha de viento iba vibrando un salmo,
cada lucero trémulo era un faro remoto.

Todo hablaba en la augusta soledad a mi oído;
cada flor era un astro caído de la altura;
y el rítmico galope de mi cabalgadura
harmonizaba un aire de apagado sonido.

Limpio estaba el paisaje de todo estigma humano,
y era una flora extraña y una penumbra leve
que borraba contornos.... Una agonía breve
de esfumado crepúsculo tras nubarrón lejano.

Era una luz muy tenue, sin proyección de sombra,
luz difundida en todo, sin foco ni reflejo,
como si el cielo fuera un empañado espejo
sobre el espejo turbio de la terrena alfombra....

Y sentí que la Vida surgió como una extraña
aparición....

Erguía su desnudez gloriosa
en la quietud solemne.... Un perfume de rosa
y un hálito de fuerza inundó la campaña.

La ví pujante y prócer como crátera abierta
a los cantos del cielo y a los lloros del mundo;
con los senos henchidos, con el vientre fecundo,
y colmando los ámbitos de la extensión desierta.

En impudor sereno de mujer que amamanta,

brotaba el lácteo jugo de los pezones rojos;
un amor sin medida fulguraba en sus ojos,
y sus manos se abrían como dádiva santa.

Reciamente sus plantas enraizaban al suelo;
compendiaba su gesto la expresión y la línea,
y en su faz ofrendaba, maternal y virgínea,
su sonrisa a las cosas y sus ojos al cielo.

Y me dijo:

 sé púgil; no culpes a la vida
de tu propia flaqueza; mata la letra y rompe
el ritmo y la medida, todo lo que corrompe
las milagrosas aguas de la fuente escondida.

 Crea, mas con tu sangre.... Marca tu huella honda
y que tu interna flama ilumine el sendero;
 sé tu obra tú mismo: el bloque y el acero,
 la canción y el poeta, y la piedra y la honda.

 Y a vivir, a vivir, y a ser bueno y ser franco;
 a cantar en los himnos de la santa alegría;

a quemarse en los fuegos de la hoguera del día;
a fundirse en las nieves del plenilunio blanco.

Y exprimir de las rosas el color y la esencia;
apresar el sentido de los cantos eolios;
maldecir del sofisma de los viejos infolios;
y rasgar los papiros y abjurar de la ciencia.

A vivir, a vivir... Y que sangre la herida;
avizor vaya el ojo y el oído anhelante....
Hay que asirse a la veste del efímero instante....
¡A vivir, a vivir, que se escapa la vida!...

Se borró de mis ojos la aparición extraña;
su sentido adquirieron el paisaje y las cosas;
penetraba en mi sangre el perfume de rosas
y el hálito de fuerza que impregnó la campaña.

Y seguí por la senda donde todo es ignoto
para el profano, senda que yo sé palmo a palmo;
cada céfiro errante iba vibrando un salmo,
cada lucero trémulo era un faro remoto.

Mi amigo el silencio

Llegó una vez, al preludiar mi queja
bajo el amparo de la tarde amiga,
y posó su piedad en mi fatiga,
y desde aquel entonces no me deja.

Con blanda mano, de mi labio aleja
el decidor afán y lo mitiga,
y a la promesa del callar obliga
la fácil voz de la canción añeja.

Vamos por el huír de los senderos,
y nuestro mudo paso de viajeros
no despierta a los pájaros.... Pasamos

solos por la región desconocida;
y en la vasta quietud, no más la vida
sale a escuchar el verso que callamos.

Hortus conclusus

Sobre mi propio corazón que espera,
llegadas del futuro o del olvido,
voces que fueron, almas que no han sido,
como en viejo portón llaman afuera:

el murmullo sutil de la primera
noche de amor, el canto desvahido
en luz lunar, el ideal seguido
con ansia inútil por la vida entera

Ya sé de ese llamar; antes de ahora,
despertaba la fiebre abrasadora
que hoy, en noble pudor, la vida esconde.

El alma, silenciosa y taciturna,
ha encendido su lámpara nocturna,
ha cerrado su puerta... y no responde.

Bajo el huerto solemne.....

Bajo el huerto solemne de emblemática flora,
se han posado tres aves en la fuente que llora:
no han turbado sus alas la quietud de la hora;
fue su paso de ensueño, su volar de ilusión.
Una lleva el plumaje de sangre purpurina,
otra tiene del cisne la blancura divina,
y la tercera es negra, negra como la endrina....
A las tres las conoces ha tiempo, corazón.

El ave roja canta las canciones que oyera
en una prestigiosa, joyante primavera,
cuando era una lujuria de besos la pradera,
el cielo todo luces, todo amor el pensil,
y sus cantos vibrantes por las callejas solas
saben a los nectarios de las frescas corolas,
a claveles de púrpura, a sangre de amapolas,
a las brisas de mayo y a las flores de abril.

El ave blanca dice un canto desleído
en un halo de luna, unas notas que han sido
como el eco de un eco, un dulce son oído
en las cumbres de nieve de la serenidad.
Esa voz supo un día convertir en serenas
las horas agitadas, en piedades las penas,
los claveles purpúreos en blancas azucenas,
mi lascivia de espíritu en alba castidad.

El ave negra calla. . . . Enigmática y muda,
tal parece el espectro silente de la duda. . . .
Yo siento que su inmóvil pupila me saluda
desde el profundo abismo de su meditación.

¡Ya conozco hace mucho tu silueta sombría
ave callada y negra de la sabiduría,
pájaro esquivo y noble; ave que eres la mía! . . .
¡Hace tiempo que cantas para mí tu canción!